

Vicent Andrés Estellés

PRIMERA SOLEDAD

ESTUDIO INTRODUCTORIO
Y EDICIÓN
FERRAN CARBÓ



Diputació
de València

Àrea de
Cultura



Institució
alfons
el magnànim



AJUNTAMENT
DE VALÈNCIA

VALÈNCIA, 2024

COLECCIÓN POESIA

Dirigida por Vicent Berenguer

Primera edició: diciembre 1988

Segunda edició, revisada: mayo 2019

Tercera edició, aumentada, Magnànim-Ajuntament de València:
septiembre 2024

© 2024, del dibuixo: Jotacé Perea

© 2024, de la introducció: Ferran Carbó Aguilar

© 2024, Herederos de Vicent Andrés Estellés

© 2024, de la presente edició:

Institució Alfons el Magnànim

Centre Valencià d'Estudis i d'Investigació

Diputació de València

Corona, 36 — 46003 València

Tel.: +34 963 883 169

magnanim@dival.es — www.alfonselmagnanim.net

Ajuntament de València

Plaça de l'Ajuntament, 1 — 46002 València

Tel.: +34 963 525 478

www.valencia.es

MADE AND PRINTED IN SPAIN

ISBN (INSTITUCIÓ ALFONS EL MAGNÀNIM): 978-84-1156-060-3

ISBN (AJUNTAMENT DE VALÈNCIA): 978-84-9089-506-1

DEPÓSITO LEGAL: V. 2134 - 2024

FOTOCOMPOSICIÓ: ARTES GRÁFICAS SOLER, S. L. — VALÈNCIA

IMPRESIÓ: LA IMPRENTA COMUNICACIÓ GRÁFICA, S.L. - PATERNA

ESTUDIO INTRODUCTORIO

EL 22 de diciembre de 1988 se publicó el libro *Primera soledad*, de Vicent Andrés Estellés, en Edicions Alfons el Magnànim, por parte de la Institució Valenciana d'Estudis i Investigació. Aquella obra editada tenía varias peculiaridades. En primer lugar, hay que señalar que era el único libro de versos publicado en lengua castellana por el autor, quien, aun así, sí que tenía poemas sueltos escritos en esta lengua y editados en revistas o bien otros libros en la misma lengua literaria que, no obstante, habían permanecido inéditos. En segundo lugar, conviene observar que era una obra elaborada en 1956 y, en cambio, fue publicada en 1988, treinta y dos años después, con una clara separación cronológica entre la escritura y la edición. Y en tercer lugar, hay que decir que era un poemario condicionado por la muerte de su primera hija, Isabel Andrés Lorente, ocurrida durante la noche entre el último día del mes de febrero de 1956 y el primero de marzo, a los tres meses de haber nacido. Estos tres aspectos sin ningún tipo de duda singularizan esta obra en la larga trayectoria del poeta

nacido en Burjassot el 4 de septiembre de 1924; y, además, motivan la orientación de nuestro estudio introductorio: respectivamente, revisamos su producción inicial en lengua castellana, la escritura en lengua catalana de los años cincuenta anterior y simultánea a 1956, y, finalmente, esta obra concreta.

1. *La poesía de los años cuarenta*¹

Entre los años 1943 y 1945, Estellés estudió en la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid; fue entonces cuando publicó los primeros poemas. En 1944 concurre a los juegos florales de Benidorm, al premio otorgado a una poesía dedicada a Santiago Apóstol. El poema fue galardonado y editado en la revista *Primeros juegos florales celebrados en Benidorm*, el 20 de agosto de 1944,² con el título «Roman-

¹ Sobre la producción de esta década puede obtenerse más información en nuestros estudios: «Els inicis durant els anys quaranta», capítulo primero del libro de Ferran Carbó, *Com un vers mai no escrit. La poesia de Vicent Andrés Estellés en els anys cinquanta*, València-Barcelona, Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana-Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 2009, pp. 19-36.; y en el capítulo «“Una mamella grotesca i tòxica”. Algunes reflexions entorn de la poesia dels anys quaranta de Vicent Andrés Estellés», en libro al cuidado de Vicent Salvador, Adolf Piquer i Daniel P. Grado (eds.), *Opera estellesiana. Per a una edició crítica de Vicent Andrés Estellés*, Alacant, Institut Interuniversitari de Filologia Valenciana, 2010, pp. 57-76.

² En la quinta parte del poemario *L'inventari clement*, escrito entre los años 1956 y 1961, y editado en Gandía el 1971, hay una serie de cinco sonetos numerados que tienen como título del conjunto «Benidorm, 1944», título que remite por el espacio y la cronología al recuerdo, recreado literariamente, del momento y del lugar del primer poema que se ha referido.

ce español de Santiago», un texto condicionado con claridad por el tipo de certamen al que concurría y escrito muy en sintonía con la poesía española del momento en el contexto de la dictadura.

El año siguiente de esta primera publicación, que lo había espoleado a escribir más, 1945, fue especialmente importante en su dedicación literaria puesto que editó varios poemas en Madrid. Estos poemas fueron «Alegría del hallazgo», en la revista *Garcilaso*, número 22, de febrero de 1945; «Poema de los veinte años» en *La Estafeta Literaria*, número 23, del 15 de marzo de 1945; y el conjunto «Pájaros en la arena», editado en el semanario *Fantasía*, número 37, de diciembre de 1945, compilación en que incorporaba los dos poemas mencionados ya publicados aquel mismo año. Estas colaboraciones confirmaron, definitivamente, la plena dedicación literaria del autor al género de la poesía.

De entre esta producción, hay que destacar, sobre todo por la extensión y la heterogeneidad del conjunto, los diecinueve poemas reunidos con el título «Pájaros en la arena», porque muestran con claridad la poesía temprana en lengua castellana del poeta de Burjassot. Este semanario madrileño donde se publicó la compilación, *Fantasía*, había sido creado por Juan Aparicio, se editó entre los años 1945 y 1946 y el género literario dominante fue la poesía. Los diecinueve poemas de «Pájaros en la arena» (treinta textos, si consideramos que algunos poemas integran diferentes textos numerados) fueron escritos durante

los años 1944 y 1945, como consta bajo el título, y constituyen, a pesar de publicarse en una revista, su primera compilación en castellano, resultado de una reunión de textos. Se presentan sobre todo tres grandes orientaciones temáticas: poesía amorosa, poesía religiosa y, en algunos casos, poesía que medita sobre la escritura vinculada a la música o a la inspiración. En cuanto a la expresión, encontramos desde sonetos, con endecasílabos o alejandrinos, hasta poemas en verso libre; es decir, por un lado, un tipo de poesía más elaborada formalmente; y, por lo demás, otra poesía más libre y más referencial, con un lenguaje más directo y sencillo.

El primer texto, «Celeste música», es un poema escrito en cuatro cuartetos sin rima que medita sobre la música y presenta el *yo* poético como transmisor de aquello que le llega y expresa: «yo soy todo un mundo / inédito, con pájaros que esperan con canciones / que yo vibre y la Vida me humedezca los músculos...!» Estos versos conectan también con el título del conjunto: los pájaros que cantan u ofrecen cantos, como el poeta que los intenta o imita, a pesar de que los sitúa en la arena, menos elevados y más próximos. Textos como el soneto «Instante del amor», «Poema de los veinte años» o «Poema de la muchacha» (con sus cuatro partes) son poemas de temática amorosa donde el joven de veinte años se declara feliz por el descubrimiento del amor o por el encanto de la persona amada: el último poema mencionado, por ejemplo, canta la juventud de la chica,

que tiene la vida ante sí, representada con el fruto de la naranja a la que tiene que sacar la piel: «Muchacha con naranja. / [...] ya dispuesta / para abrirse, de pronto, / con un crujido fresco/ de corteza de sol y de intemperie / magnífica y gozosa».

La creencia en Dios es patente en poemas como «Al Señor, en semana santa», «Mayoría de edad del alma» o los poemas en tres partes «Poema de una noche» y «Alegría del hallazgo». En cambio, textos como «Insomnio» o «Garganta en la sombra», presentan cierta transición a otro tipo de textos más inquietantes y osados, que predominan al final del conjunto. Así «Centro de la vida», datado en abril de 1945, es un conjunto de catorce estrofas que muestran un *yo* poético que, después de una serie de preguntas sin respuesta, se debate entre un arraigo dominante y cierto desarraigo inquieto, el cual vemos en el siguiente fragmento:

Tendido estoy, tendido y derramado,
y hundo mis manos recias en el agua
para que inventen pechos transparentes.

Tendido estoy, y trepan por mi espalda
caravanas de hormigas, y quisiera
que hurgaran en mi carne, y la habitasen,
confundido en la tierra que aún no soy.

Tendido estoy, tendido y derramado,
caído como un árbol desprovisto
de nidos. Sin remedio. Cruel memoria
de lo que quise ser, de lo que nunca
fue ni podrá ya ser como yo quise.

la muerte en mi casa entró.

ANTONIO MACHADO

*LEO TUS VERSOS Y ME INUNDA
una tremenda claridad
que trato en vano de explicarme
hasta que al fin la dejo estar
tal como es, mientras me come
como el fuego, como la sal,
una gana de sencillez
y honradez a carta cabal
para dejar todas las cosas
tal como son, sin más ni más,
sin cambiarlas ni acariciarlas,
tal como están y se me dan,
y soy como un carbón que brilla
y chispea en la oscuridad.
Y aquí me estoy sin entender,
sin comprender ni preguntar,
y la ternura se me vuelve
de una dureza mineral.
Leo tus versos, y me llegan
bofetadas de claridad,*

*paternalmente me golpeas
y no quieres dejarme en paz,
y la linterna de tus versos
hurga tenaz en mi oquedad;
pero la muerte entró en mi casa
de repente y sin más ni más
y no hay quien siembre en este surco
que ella me abrió tan en canal.
Ya no habrá paz en mis entrañas.
Y me irritan tu claridad
y tu bondad y tu sonora
búsqueda tierna de la paz.
No tengo paz ni la deseo,
guárdate tu serenidad.
A Dios gracias no me hace falta,
y aquí me estoy hasta el final
de todo esto, a ver qué pasa,
como un carbón y basta ya.
Ella era sangre de mi sangre,
era mi hija y mi ciudad.
De un manotazo han arrasado
mi hija y toda mi heredad.
Y aquí me estoy sencillamente
entre las ruinas de un solar.*

I

LA MADRUGADA

El tren, el primer tren. Aquella madrugada.
Los vagones de estiércol, el farolillo ardiendo
en el andén, las chicas que se van a las fábricas
y aquel olor a cuero, a humedad, a sobacos,
a humanidad espesa. Digo la madrugada
de aquellos que regresan del trabajo nocturno,
de los que bajan al trabajo a la ciudad
con el saco a la espalda de la pobre comida,
con los ojos hinchados, las bufandas tapándoles
la boca, y ese olor, el agrio olor a alcoba,
a no sé qué. Los trenes de la mañana, el tren
oliendo a pulimento, y las bombillas sucias,
y las bombillas tristes, y las bombillas fúnebres,
y las bombillas pobres, terriblemente pobres,
como aquella bombilla que había en el cuartel,
y este olor a cuartel, y estas bombillas, sí,
estas bombillas trágicas que están ahí, que están
terriblemente ahí, que están ahí de cuerpo
presente, yo qué sé, con una amarillez
de muerto o de capilla ardiente. Qué espantosas

bombillas, de repente, aquí, en esta estación,
en este tren, ahora, y ardiendo en el andén,
en el suelo, un farol llamea ajeno al viento.
Y el tren, el tren, el tren. Y el pitido de pronto
y de pronto echa a andar. Y allá, las azoteas,
las tristes ventanitas de los tristes retretes,
los alambres con ropas tendidas a secar,
primero Marchalenes, Benicalap después
y después El Empalme y ya la huerta, oscura,
hermosa como un tigre. De pronto Burjasot,
Burjasot, Burjasot, Burjasot, Burjasot.
Y el silencio otra vez cuando se aleja el tren
hacia Godella y hacia Rocafort y Moncada.
Y esta paz, y esta paz de la estación ahora,
rodeada del campo silencioso y en sombras,
y el rumor de la acequia aquí cerca, aquí mismo.
Y el aire entre los árboles. ¡Y la triste bombilla
con su color de dedo de fumador, de uña
de fumador, de muerto o de melocotón
de cera: la bombilla de pronto, cuando paso,
ahí, balanceándose apenas con el aire!...
Y el pueblo. El puente, el pueblo, y el rumor
de la acequia a mi espalda, y las calles tranquilas
y el carrito del hombre que se dirige a Abastos,
y la madre de Antonio que va a Misa primera
y dice que me tape la boca, que hace frío,
y el labrador que tose a golpes mientras anda,
y el que espera en la esquina el autobús y da
patadas en el suelo para entrar en calor,

y yo que aquí, en lo oscuro, orino en la pared
y el aire me devuelve el orín al abrigo,
y...

Sí. Cuando yo puse la llave y le di vuelta,
sonaba el tren, bajando de Paterna, a lo lejos,
y entré en la habitación y allí estaba mi hija
al lado de su madre, tan rubia, gordezuela,
durmiendo, y en el suelo, vacío, estaba el vaso
aún sucio del último biberón.

Y se puso
azul alrededor de la nariz, un poco. Y
«¡Esta niña está muerta!»

Y luego unas burbujas
inmóviles, como un panal de espuma inmóvil,
encima de la sábana o encima de la toca
azul, no lo recuerdo.

Y blanca, blanca, blanca.
Terriblemente blanca su cara, su cabeza.
Y su último aliento en brazos de mi hermana
y su madre clavándose las uñas en la cara
y mi madre en camisa, despeinada, y la casa
toda llena de gritos, y yo me echo a la calle
y cuando vuelvo a casa veo la puerta abierta,

la única puerta abierta en la calle a esas horas.

Y la luz. El cuchillo de luz, la triste luz,
la horrible luz, la fúnebre luz de la madrugada,
luz de andén, de cantina, de tren que cruza sucio

la madrugada, luz de barrio pobre con
olor de orín antiguo,
la luz, la horrible luz,
la tristísima luz,
y mi madre llorando
y meciendo a la niña y haciendo con la silla
un ruido,
aquel ruido con el que parecía
que solía la niña dormirse más a gusto.

EL PAÑUELO

(Estabas toda blanca, terriblemente blanca.
Aún más que el alabastro. Más blanca que la sábana.
Recuerdo tus mejillas, tu boquita rosada...
Te tendieron despacio encima de la cama.
Te ataron un pañuelo en torno de la cara.
Estabas toda blanca, terriblemente blanca.
Los ojitos cerrados y la boca cerrada.
Y ya no te movías encima de la cama...
Lloraba todo el mundo, se arañaba la cara.
Y estabas toda blanca, terriblemente blanca.
Recuerdo: eran las cinco y diez de la mañana.
Te tendieron encima de la revuelta cama.
Se llenaba de gritos y lágrimas la casa.
Y nada, nena mía, nada te despertaba.
Y tu toquilla azul aún estaba sudada.
Y estabas toda blanca, terriblemente blanca.
Te pusieron encima de la revuelta cama.)

II

ACABO DE LLEGAR de la calle, hija mía.
He subido con prisa los últimos peldaños
(el ascensor ya sabes que no llega hasta casa)
y aquí estoy poco a poco tratando de escribirte,
mientras cae la tarde detrás de los visillos,
mientras suena la radio en el piso de al lado
dulcemente, en voz baja, y tu madre, la pobre,
anda encendiendo el fuego a vueltas con la leña
que está un poco mojada y tarda en encenderse.
Tu abuela está al caer, vendrá un poco más tarde
cansada, con su cesto, y traerá unos huevos,
patatas, la lechuga que a mí me gusta tanto
y todas esas cosas que trae siempre que viene
a hacernos compañía a tu madre y a mí,
porque yo tengo que irme cada noche al trabajo
y a tu madre le da miedo quedarse sola
desde que te encontramos muerta una madrugada
en la cama, en silencio, sin haber despertado.

Yo he estado dando vueltas a un asunto estos días.
Yo no puedo ya más, hija mía: ya sé

que te has muerto y estás en el Cielo, donde eres tan feliz con los ángeles, y tan cerca de Dios. Yo todo lo comprendo: yo ya sé que cumplías tres meses justamente el día de tu muerte y aún no hablabas y aún no entendías las cosas, lo que se dice, en fin, entender bien las cosas. Pero tengo que hablarte, o tengo que escribirte. Yo ya no puedo más si no hablo contigo.

Todos los días lloro lo mismo que tu madre y hablamos de tus cosas y a veces nos reímos recordando las cosas que solías hacer. Pero eso no es bastante. Necesito escribirte. Es preciso que te hable. Para eso estoy aquí. Ahora mismo, hija mía, tengo un miedo tremendo. Está un poco nublado, es posible que llueva... Yo ya sé que tú estás en el Cielo: lo sé. Pero pienso en tu nicho allá en el cementerio de Burjasot. A un lado, tienes una amiguita, pero a la izquierda tienes un nicho aún vacío. Y va a llover. Y tengo una angustia de muerte pensándote tan sola, tan indefensa allí, mientras la noche caiga, mientras la lluvia caiga, mientras resuene el viento en el nicho de al lado. Y recuerdo la manta gris con que te envolvía tu madre y los cuidados tremendos de tu abuela, y siento un gran deseo de llorar, hija mía.

Me arrepiento enseguida, pienso que estoy pecando,
que tú estás en el Cielo; pero esto es superior
a mis fuerzas, no puedo, me quisiera morir
y estar contigo ahora, una noche como ésta,
y cogerte en mis brazos, hija mía,

lo mismo
que una noche de aquellas en que no te dormías
y a mí me daba lástima de tu madre y estaba
horas y horas contigo en los brazos, queriendo
que tú no te durmieras, que estuvieras despierta
con tus ojos enormes mirándolo bien todo
—el espejo, la silla con mi ropa, la lámpara—,

y al final te encogías, te quedabas dormida,
y cuando iba a meterte en la cama entreabrías
los ojos y no había manera de dejarte:
y otra vez te cantaba la nanita de aquel
que llevó un caballo al agua y lo trajo sin beber,
y al final te dormías definitivamente,

con el culito en alto igual que el Pato Donald.

Me he sentado a escribirte, a hablar contigo un poco,
a decirte las cosas que me están ahogando,
y quisiera que tú me contaras las tuyas,

si te sigues tomando todos los biberones
—¡no dejes que te acuesten si antes no has eructado!—
si te quitan el hipo con agua de Vichy,
si no estás estreñida, si no estás constipada,
si juegas, si te dejan llorando en el moisés...

Tú romperás un par de alas cada día,
pero no te preocupes, hija mía, diviértete:
papá le dirá a Dios que no te riña nunca,

que comprenda que tú eres muy revoltosa,
que se haga cargo, en fin, porque aún tienes tres meses
y no puedes hacer las cosas como quieren.
Porque nada ha cambiado si lo miramos bien.
Yo no puedo creer que todo haya cambiado:
que tú no tomes ya biberones como antes,
que ya no haya que estar pensando si has cagado,
que no haya que temer que te rompas el cuello
volviendo la cabeza con tanta rapidez
—porque tú te asustabas oyendo un avión—,
que tú no tengas miedo de estar en el moisés...

Alguna de estas tardes —no lo digas a nadie:
que quede entre los dos—, alguna de estas tardes
he pensado que pronto papá estará contigo
y me presentarás a todos tus amigos,
y arrancaremos briznas de broza entre las losas
y caeremos de culo los dos de tanta risa
y me dirás un día que quieres hacer pis,

y harás pis, hija mía, no faltaría más,
harás pis donde quieras, mojándote las bragas
y tu madre dirá que eres una cochina
y que eso no se hace y tú harás pucheritos...

CUANDO ESTABAS muy lejos del mundo todavía
y eras como la luz que ven los caminantes
palpitar en la noche de los cuentos de niños,
me sonaba la sangre como la calderilla.

Algunas madrugadas, al volver del trabajo
yo no tenía ganas de acostarme y dormir
y abría la ventana del comedor y estaba
yo qué sé el tiempo allí, viendo la primavera

que avanzaba despacio como el día, mirando
a lo lejos el mar y más cerca los campos,
los tiernos alamillos del corral de la iglesia,
las carreteras grises y húmedas del relente,

los carros que venían cargados de hortalizas
camino del mercado. Y fumaba en silencio
y sonreía a solas y a veces me reía
porque te estaba viendo tal como luego fuiste,

revoltosa, nerviosa, con un genio terrible,
con el culito en alto, la nariz respingona,

y te oía gritar, con tus gritos pequeños
y agudos como vidrios pequeños de colores.

Y tus mejillas eran piedrecillas de grava,
como esa grava humilde que me gusta coger
desde siempre y llevarla años en los bolsillos
hasta que al fin se pone brillante y aceitosa.

Tú misma eras como un puñado de gravilla.
Me metía la mano en el bolsillo, entonces,
y ya te acariciaba en las pequeñas piedras,
en su finura, en su travesura también.

Y al andar, al marcharme a la alcoba, escuchaba
—no sé cómo decirlo— mi sangre, sí, mi sangre,
bulliciosa y feliz como la calderilla
y con su tintineo inocente y sencillo.

Ahora, cuando vuelvo de madrugada a casa
y tomo un libro o dejo el abrigo en la percha
y oigo lejos a veces la sirena de un barco
o un ruido de cascos cerca, en la carretera,

recuerdo aquellas cosas, aquellas madrugadas
de aquella primavera y vuelvo a la ventana
—sí, algunas veces vuelvo— y me pongo a mirar
y veo el mar y veo las huertas y los álamos,

y veo los caminos, las alquerías, todo:
venir despacio la primavera, también,

todas aquellas cosas de aquellas madrugadas.
Y hasta te veo a ti como una lucecita,

y hasta me siento un poco caminante también,
y hasta la madrugada es una noche alegre
cuando en el corazón, igual que en un bolsillo,
suenan una calderilla de esperanzas muy hondas.

Porque tú ya no vienes, hija mía: ya no
podemos esperarte: porque ahora ya eres
eso, la lucecita que ven los caminantes
palpar en la noche de los cuentos de niños

y vamos hacia ti y te vemos muy cerca
y seguimos andando y luego te has movido
y no estás donde estabas, y seguimos andando
y otra vez te has movido un poco a la derecha,

y seguimos andando. Y todo es como un juego
al final, y la sangre golpea con puñitos
de niña en el cristal del corazón, y andamos,
y seguimos andando, y te vemos muy cerca

y tú no te estás quieta nunca en ninguna parte,
igual que si anduvieses por el pasillo a gatas:
y seguimos andando hacia ti y nos reímos,
y al final se nos cae toda la calderilla

al suelo y se nos llena la casa con su ruido
bullicioso. Y después vuelve un silencio enorme.
Y entonces es ya inútil que queramos mirar,
que queramos seguir andando, que queramos...

TAL VEZ LO MÁS HORRIBLE no sea que hayas muerto,
sino que estés ahí deshaciéndote poco
a poco, lentamente, sin tregua, sin fatiga,
ahí, ahí, de día, de noche, por la tarde,
por la mañana, siempre deshaciéndote ahí,
a dos pasos, detrás de esos ladrillos, siempre
deshaciéndote sin que yo pueda cogerte
y llevarte conmigo y cerrar bien la puerta
y parar esa lenta y horrible destrucción:
sin que pueda hacer nada, sin que pueda hacer nada,
lo que se dice nada, nada absolutamente,
mientras tú noche y día te vas descomponiendo
poco a poco, hija mía, y no puedo hacer nada,
y no sirve de nada quererte hasta ya no
poder más, y no puedo hacer nada por ti,
y te están destruyendo, te estás descomponiendo
y no puedo hacer nada, nada absolutamente,
sencillamente nada, rotundamente nada,
y estoy aquí y estoy sabiendo lo que pasa
detrás de esos ladrillos y no puedo hacer nada,

y te estoy escribiendo y ahora escribo estas cosas
y mientras tú te estás deshaciendo, hija mía,
cae en ti una gotera terca de destrucción
y no puedo hacer nada y no puedo hacer nada
y eso es ya para siempre, para toda la vida,
y no puedo hacer nada y no puedo hacer nada,
se me rompen los nervios y me arañó los brazos,
y es inútil, inútil, completamente inútil,
quejarme, lamentarme, maldecir de esto y lo otro:
lenta y constantemente te vas descomponiendo,
tu cuerpo sigue un lento proceso inalterable.
Y tengo que aguantarme o tengo que morirme
o tengo que volverme loco, y todo será
igual: tú seguirás deshaciéndote, hija,
lenta y constantemente te irás descomponiendo,
y no puedo hacer nada y no podré hacer nada,
nada de nada, nada, lo que se dice nada.
Tal vez lo más horrible no sea que hayas muerto:
tal vez lo más horrible sea pensar tu bóveda
craneana vacía, tus mejillas deshechas,
esa negrura tuya de tizón, de carbón,
que ya debe tener a estas horas tu cuerpo.
Lo más horrible es eso: saber que estás ahí,
sencillamente ahí, terriblemente ahí,
inevitablemente ahí, constantemente
ahí, descomponiéndote, con las cuencas vacías,
con tus pequeños huesos, ahí, ahí, ahí,
y no poder hacer nada por ti, hija mía.
De golpe estás ahí. Estás súbitamente
ahí. Se va, se viene, pero al volver la esquina

de una frase, de un gesto, nada más de un silencio,
estás ahí, de golpe, brutalmente, sin más,
negra, terriblemente negra, carbonizada,
vida mía, hija mía, montoncito de carne
que yo no me harté nunca de besar.

Hija mía, hija mía.

Qué desgracia, hija mía. No me harté de besarte,
por vez primera lloro escribiendo, hija mía.

No te besé bastante jamás, pequeña mía,
mi ratoncito, mi conejito, mi Donald.

Y ahora, de golpe, en seco, te veo como debes
estar probablemente y pienso en los deditos
de tus pies, en tus manos suaves y hermosísimas
y pienso en tu barbilla, una astilla de hueso
solamente a estas horas. Y me da tanto horror,
que ya no siento nada, ni tristeza ni horror,
y sólo tengo ganas de llorar, hija mía.

¡Cómo te han puesto, hija, qué desgraciada has sido!

Y no quiero llorar y no quiero cerrar

los ojos ni hacer ascos por todas estas cosas

ni quiero que jamás nadie me diga nada

para irlo olvidando: quiero seguir pensando

eso, que estás ahí, que estás ahí y así,

que ya no queda nada de aquella carne rosa

de mis besos más grandes, que ya es un montón sólo

de pobre porquería, que ya no queda nada

de mi hija en la tierra, aquí abajo, en mi pueblo,

que toda tu blancura ha desaparecido...

Aunque tenga al final que golpearme las sienes,

quiero seguir pensando, quiero seguirte viendo

así, no como eras, así, como eres ahora,
y llorar y rezar todo junto y qué sé
yo, porque eres mi hija, aunque estés como estás,
aunque seas un pobre montoncito de estiércol,
porque aun eres mi hija y lo serás ya siempre
y para mí no hay nada ni nadie más hermoso,
más hermosa, hija mía, más mío, más de mi alma,
y eso no es nada, hija, papá te quiere más,
aunque estés como estás, aunque ya no te pueda
besar en el culito, y eso no es nada, hija,
papá te quiere más que a nada de este mundo,
no llores, no seas tonta, no estés triste, nenita,
estoy aquí, ¿no ves?, no tengas miedo, hija,
no es que estés fea, hija, es que la gente es mala,
eres bonita, hija, todavía eres la
más bonita del mundo, hazme caso, hija mía,
no estés triste, anda, toma y suénate, papá
no te dejará nunca que estés sola, hija mía,
estoy aquí, ¿no ves?, ven, no seas tontita,
yo no sé por qué lloras, total eso no es nada